

EL HOMBRE QUE DA LAS RESPUESTAS

A principios de junio de 1989, llegué a La Habana. Por primera vez. No pasaba de ser un típico guajiro oriental en la capital cubana. Embelesado. Medio perdido, como si estuviera en una selva de concreto, con animales de metal. Curioso por todo. Distráido. Torpe.

No conocía a nadie, y nunca había realizado una entrevista, pero estaba determinado a conversar con personas que habitaban en la memoria o en mis apuntes, como héroes, ante los cuales me sentía pequeño. La mítica de la Revolución Cubana y la ingenuidad histórica contribuían al aturdimiento y al enanismo. Dejé la mochila y, como si se fuera a acabar el tiempo, comuniqué por teléfono con más de una decena de ellos. Era un sábado, al atardecer.

Todos se excusaron de no poder atenderme el domingo. Fueron proponiendo fechas, que acepté sin que importara su coincidencia. Cuando agoté los teléfonos de aquellos que tenía clasificados como prioritarios, ya sin esperanzas de comprometer el domingo, disqué el teléfono del doctor Luis M. Buch Rodríguez.

Del otro lado me atendió Conchita, la esposa, y me obligó a contarle intereses y propósitos. Para mi sorpresa, en tres minutos tenía arreglada la entrevista, que sería justamente esa misma noche. El doctor Buch anunció que estuviera listo, que en media hora pasaría por mí. Así fue.

Durante todo el breve recorrido hasta su residencia, en la avenida Primera, No. 1606, en Miramar, fue haciendo preguntas sobre Santiago de Cuba y las pretensiones que me animaban. Respondí, sin dejar de mirar, atontado, la majestuosidad del entorno. Cuando penetramos al enorme estacionamiento del *chalet* donde vivía, lo primero que se me ocurrió fue que el doctor Buch y su familia ocuparían, a lo sumo, uno de los pisos del inmueble. No me reprimí, así que lo pregunté. La respuesta fue instantánea: vivía allí, sin aclarar si en un piso o en dos, sin precisar desde cuándo. Ya dentro, me percaté de que toda la mansión era suya.

En la primera de nuestras conversaciones, el doctor Buch me confundió, y lo hice víctima de mis prejuicios en relación con la riqueza. Tenía ante mí a un hombre extremadamente sencillo: en el vestir, en

su lenguaje, en sus modales, en su trato. Particularmente modesto y reservado. Afable. Sobrio. Y, sin embargo, inmotivadamente, por puro prejuicio, tenía la sensación de estar en presencia de un aprovechado o de un burgués venido a menos con la Revolución, quien, por extrañas razones, permanecía en Cuba. Pasadas las semanas, tras muchas conversaciones sobre la Revolución Cubana y su desempeño en ella, acerca de su pasado, comprendí cuán equivocado andaba, cuán injusto había sido con el hombre que generosamente logró el milagro de que aquel domingo la agenda quedara harta de compromisos, denegados o marginados poco antes; con el hombre quien abrió muchas puertas para la indagación histórica, que de lo contrario hubiesen permanecido vedadas, y, sobre todo, con quien me dio acceso privilegiado a los muchos recovecos de su vida política.

Pasados los meses, los años, cuando de la primera de nuestras conversaciones nació una muy profunda e íntima amistad, casi familiaridad, la suerte quiso que en uno de los momentos más difíciles de su vida, estuviera junto al doctor Buch en aquella, su casa entrañable.

Al caer la tarde, en un febrero endemoniado, de un año al que mejor no se le recuerda, ni por el clima ni por el pan, desde la terraza de su casa vi junto a Luisito, su único hijo, cómo a corta distancia de la costa se hacía inmensa una ola bravucona y cómo avanzó, incontenible, por encima de los bolos de concreto y las cabillas, que mucho tiempo atrás habían sido enterrados en la dura roca marina para amenazar la fuerza probable de los nortes, y cómo aquella masa de agua corrió por el largo patio cementado para estrellarse, finalmente, contra las paredes de la casa.

El parapeto de gruesos tablones de madera que, previsoriamente, habían armado para proteger las puertas y ventanas de cristal fue destruido en el primer golpe de agua. Las olas sucesivas, ya sin vencer obstáculos, inundaron la planta baja, destruyendo totalmente los reducidos de esplendor y riqueza de la casa, aquellos que habían logrado sobrevivir a más de treinta años de sobriedad y limitaciones económicas. El piano de Conchita, en el que durante la tiranía se había logrado notas de un evidente sabor antibatistiano, fue deshecho; las teclas flotaban en el interior de la casa, primero, y después en la avenida Primera. Los finos y elegantes muebles, donde tanta burguesa habanera sudó sus orgullos y sus miserias; en los que prominentes y distinguidos revolucionarios estuvieron discutiendo tiempo atrás la suerte del país; donde conversé por última vez con Faustino Pérez Hernández acerca de su actuación como ministro de Recuperación de Bienes Malversados, todos quedaron des-

truidos. La biblioteca personal, que atesoraba virtualmente toda la producción histórica cubana, desde los primeros escritos y títulos, resultó seriamente dañada. La rica colección de *Bohemia* se perdió toda. En su casa, el mar embravecido destruyó objetos de valor museable, y restó riqueza al patrimonio histórico de la nación.

No sólo fue la casa. Los altos muros de separación con la que había sido la mansión del cerebro financiero de Batista, Joaquín Martínez Sáenz, en dos golpes de agua más quedaron destrozados. Esa tarde sentí bastante miedo, quizás el mismo que experimentó el doctor Buch, el hombre que no tembló cuando le tocó preparar y dirigir una importante zona de Cuba ante la inminencia, sobre suelo nacional, de un fatídico conflicto termonuclear soviético-estadounidense. El revolucionario que no había palidecido ni vacilado cuando, en infinidad de oportunidades, pudo morir por bala, por accidente o por la traición rencorosa de sus enemigos o la furia del ciclón *Flora*, en las llanuras del río Cauto, se vio sobrepasado y derrotado por la fuerza del mar que tantas veces lo sedujo. El seductor se transfiguró en reductor. Aquella tarde, el doctor Buch aceptó una retirada, la evacuación a la casa de *Ernestico* —Ernesto Buch Santos—, el primo, quien, como muchos de su familia, estuvo comprometido con la Revolución iniciada en el cuartel Moncada, pero que fue de los pocos Buch que decidieron permanecer junto a Fidel Castro cuando las definiciones políticas e ideológicas obligaron a la familia a decidirse entre la Revolución o el exilio.

En la casa de Miramar, tras su espectacular fuga de la Audiencia de La Habana, fue a esconderse Armando Hart, entonces uno de los principales dirigentes del Movimiento Revolucionario 26 de Julio. Hart permaneció escondido en la segunda planta durante casi tres meses. En virtud de ello, se transformó en casa de máxima seguridad y en uno de los principales centros de conspiración en La Habana, pues a Hart lo iban a visitar los más connotados jefes del Movimiento 26 de Julio. Paralelamente, un comando urbano preparaba un atentado contra Joaquín Martínez Sáenz, cuando este saliera de su *chalet*. De producirse el atentado, con toda seguridad, la casa del doctor Buch se hubiese “quemado”, con el peligro que ello entrañaba para él y para el propio Hart. La conversación oportuna del doctor Buch con el jefe del comando urbano, doctor Luis Orlando Rodríguez, logró evitar la ejecución del plan. Martínez Sáenz murió en el exilio, sin saber que salvó la vida gracias a ser vecino del hombre que amparaba al clandestino más buscado en La Habana por esos días.

Durante mucho tiempo, aquella casa sirvió para diversos propósitos revolucionarios. Muchas veces, los inofensivos juegos de canasta de Conchita con la esposa de un connotado político batistiano, quien estacionaba su auto de placa oficial frente a la mansión, sirvieron de mampara a las actividades revolucionarias del doctor Buch. La cobertura que proporcionaba la riqueza permitió que Conchita lograra que muchas de las burguesas que la frecuentaban, sin desearlo ni imaginarlo, proporcionaran el alimento y las vituallas requeridas para el movimiento clandestino, siempre bajo la cobertura de reunir limosnas para los menesterosos de La Habana. La posición social y sus dineros, su prestigio profesional y una aparente neutralidad política, le permitían al doctor Buch moverse y mover con entera libertad a los revolucionarios más perseguidos por la Policía en la capital.

No es de extrañar que aquellos lazos históricos ataran al doctor Buch a su casa de Miramar. Ello, al margen de que tenía la virtud de ser el producto de su fantasía arquitectónica. La residencia fue concebida y construida a su gusto a mediados de la década de los años cincuenta, en el esplendor de la fortuna personal.

En los años cuarenta y cincuenta, siendo el titular de un poderoso bufete privado situado en los apartamentos 113 y 114 del edificio del Banco Nova Scotia, representando los intereses de los grandes comerciantes de Pinar del Río, Matanzas, Las Villas, Camagüey y Oriente, enfrentados a los comerciantes habaneros reunidos en la Lonja del Comercio de Cuba, el doctor Buch acumuló una fortuna considerable, con la que adquirió un edificio en La Habana, que le reportaba una pensión sostenida, abundante; compró terrenos y autos; construyó una casa de verano en la playa de Tarará, y ordenó construirse la casa de Miramar a un costo de decenas de miles de pesos de la época. La habitó a partir de su terminación, en 1956, contando con un extenso servicio doméstico de cinco empleados, algo muy propio de la burguesía y la aristocracia cubanas de los años republicanos, porque el doctor Buch, aunque no le agrade el recuerdo, pertenecía a la élite social de Cuba.

En 1938, se había graduado de abogado en la Universidad de La Habana, y un año después se había ido a administrar una mina de manganeso en Baire, Oriente, de la que regresó, años después, curtido en la experiencia empresarial y con grandes relaciones en el sector comercial y profesional. A partir de entonces, comenzó su carrera de burgués, progresando aceleradamente hasta acaudalar la fortuna que le permitió vivir en el lujo y la opulencia, y en cierta apatía política, descreído de que en Cuba pudiese haber una revolución.

Hasta ese momento de su vida, padeció los rigores de una economía familiar estrecha, venida a menos en la crisis económica iniciada en 1929 y continuada a principios de la década de los años treinta, la que enfrentó prontamente, independizado de la familia e integrado a la lucha revolucionaria de forma tan comprometida que apenas pudo reunir los recursos mínimos para sobrevivir y pagarse los estudios de Derecho Civil y de Filosofía y Letras. Entonces, carecía de dineros y propiedades, pese a provenir de una familia de honda raigambre social y éxito económico, originaria de Cataluña y cuyo laboratorio-cuna fue la ciudad de Santiago de Cuba, siglos atrás.

El apellido Buch llegó a Cuba en el último tercio del siglo XVIII, para quedar, al cabo de dos siglos, diseminado por Cuba y los Estados Unidos, signado por acuñar a una familia de profesionales liberales y empresarios exitosos. Lo trajo a Cuba el joven catalán Santiago Buch Molas, hombre ilustrado, laborioso, de fértiles ambiciones, nacido en el pueblo ribereño de Calella, en la provincia de Gerona, a mediados del siglo XVIII. Heredó un apellido cuyos ancestros más antiguos proceden de una región alemana que se ha extraviado definitivamente en el árbol genealógico de la familia.

Recuerdo que una tarde, ya sin fecha, poco después de conocer al doctor Buch en La Habana, descubrí con asombro que una calle del importante reparto Sueño, en la ciudad de Santiago de Cuba, llevaba su nombre: Luis Buch Rodríguez. Fui asaltado por la duda. No creí, realmente, que fuera un nuevo homenaje a su persona, pues desde el año 1959 se estableció una norma, precisa y terminante: la de no dar el nombre de personalidades políticas vivas a calles, parques, edificios, o instituciones públicas. Todo provino de un intento de situar un busto del doctor Fidel Castro en una calle habanera. El doctor Buch había rubricado aquella Ley, en su condición de ministro de la Presidencia del Gobierno Revolucionario. Por supuesto, le pregunté. Él se encargó de esclarecer que se trataba de uno de los varios homenajes que de las autoridades de la ciudad había recibido, *post mortem*, su abuelo, de idénticos nombres y apellidos que él: Luis María del Rosario Buch Rodríguez, nacido en Santiago de Cuba en 1853.

El abuelo Luis María del Rosario fue un maestro prominente y filántropo estelar de la ciudad; fundador de dos grandes colegios de la República: *Las Dos Américas* y *Juan Bautista Sagarra*, además del Hospital de Emergencias de Santiago de Cuba, en 1922, en parte con la realización de trabajo voluntario, del que es, en cierta medida, un precursor en Cuba.

Su abuelo prestó servicios en el Ejército Libertador, en calidad de enlace. A lo largo de la última guerra cumplió no pocas riesgosas misiones guerreras, sin ser capturado por los voluntarios o los guerrilleros. Esta experiencia y su férreo carácter, marcado por la época, hicieron que el abuelo concibiera un régimen escolar en el colegio *Juan Bautista Sagarra*, caracterizado por la práctica y exigencia de una disciplina y unos procedimientos semimilitares, con la obligatoriedad en el uso por parte de los alumnos, todos niños, de un uniforme militar adornado con guerrera e insignias militares y prácticas escolares con sabor del fuero. A estas severas maneras fue sometido el niño Luis María Buch Rodríguez cuando comenzó a asistir al colegio de su abuelo.

Su abuelo tuvo cuatro hijos con Ana Ramírez Lorente, el segundo de los cuales fue su padre, Luis Buch Ramírez, nacido el 27 de noviembre de 1884 y fallecido el 5 de noviembre de 1962, en la ciudad natal, Santiago de Cuba. Su padre contrajo matrimonio con María Caridad Rodríguez Laenza, joven santiaguera nacida el 14 de mayo de 1881 y fallecida en la emigración, en Puerto Rico, en 1982, a los 101 años de edad. Del matrimonio hubo cuatro vástagos, siendo Luis el segundo de ellos.

Luis María Buch Rodríguez nació el 7 de agosto de 1913, en la calle Enramadas, esquina a Clarín. Su abuela paterna, Ana Ramírez Lorente, mujer dulce y exigente, le enseñó las primeras letras y los primeros números. Tras cursar el *kindergarten*, fue matriculado en el colegio *Juan Bautista Sagarra* hasta la preparatoria, último grado de la enseñanza primaria. Al arribar a los 13 años, podía comenzar ya los estudios de segunda enseñanza, si cumplía previamente con el requisito de vencer los exámenes de ingreso, que se realizaban en junio y septiembre de cada año en el Instituto de Segunda Enseñanza de Oriente. Por haber nacido en agosto, tuvo que dejar pasar la convocatoria de junio. Quiso presentarse en septiembre, pero una tía, quien le impartía inglés en el colegio, estimó que dar el salto de enseñanza en ese momento no era necesario y que podría repetir la preparatoria para estar en mejores condiciones de iniciar el bachillerato. En realidad, se evitaba por rivalidad familiar, el que no se anticipara a un primo hermano, hijo de un renombrado cirujano santiaguero. Luis acató la decisión familiar, pero aquel golpe lo marcó muy hondamente.

Al iniciarse el nuevo curso, quedó convertido en un rebelde. Al tener los conocimientos del grado, dejó de prestarles atención a las clases, caracterizándose por ser fuente de diversas indisciplinas, en un cole-

gio cuyo rasgo distintivo era la hermética sumisión propugnada. Ya para entonces, Luis no desperdiciaba oportunidad para rebelarse.

Su abuelo murió. El nuevo director del colegio *Juan Bautista Sagarra*, Francisco Ibarra Martínez, hombre más liberal, se propuso eliminar progresivamente la disciplina y el esquema semimilitar de la escuela, sustituyéndolos por conceptos más flexibles, civilistas, modernos. En una ocasión, al develarse un monumento a los primeros mártires de la revolución por la independencia en Santiago de Cuba, a donde asistirían los alumnos, el nuevo director dispuso que el desfile se hiciera sin seguir la tradicional formación militar, por lo cual los “oficiales” debían incorporarse en igualdad de condiciones a los “soldados” del colegio. Luis se sintió lastimado con una disposición que desconocía su condición de “oficial”. Le reclamó al director que los “oficiales” no tenían que formar filas, sino mandar a los “soldados”. Sin razonamiento alguno, le indicaron que eso ya estaba decidido y que él debía obedecer. Luis se negó. Discutieron. Sobresaltado, Luis se arrancó las insignias que le conferían el grado de “primer teniente” y en condición de “soldado” se incorporó al conjunto. Fue su primer acto de desacato a la autoridad.

Pasado el curso, se presentó a exámenes y aprobó el ingreso a la Segunda Enseñanza. Fue matriculado en el colegio *Dolores*, de la Congregación Católica de los Jesuitas. Sufrió entonces un vertiginoso proceso de conversión a filomático, cumplidor del ritual católico. Pero no habría de durar mucho. La ruptura vendría en el momento de disputar el premio que se otorgaba en la asignatura Geografía Universal.

Luis sentía una gran inclinación por sus contenidos, lo que motivó que fuera muy aplicado en la materia. En los exámenes ordinarios obtuvo calificación de sobresaliente, requisito esencial para presentarse a disputar en un examen especial el premio de Geografía Universal. Cinco alumnos concurren a la convocatoria. Al intercambiar la información de cómo habían respondido las distintas preguntas, estuvieron de acuerdo en que el único que había respondido correctamente todo el examen era Luis, con lo que le tocaba “llevarse el gato al agua”. Días después, el colegio convocó a una reunión festiva de familiares, alumnos e invitados. Se aprovechó la ocasión para dar a conocer los distintos premios otorgados en cada una de las materias convocadas. Cuando llegó el turno de Geografía Universal, sorprendentemente, el premio fue otorgado a Enrique Bravo, hijo del profesor titular de la cátedra de Geografía e Historia Universal en el Instituto de Segunda Enseñanza. Entre aplausos, Bravo subió al entarimado y recogió el certificado.

Luego, en calidad de primer *accésit*, fue llamado Luis. Hubo aplausos, pero el joven se quedó quieto en su silla, petrificado, sin contestar siquiera ninguno de los continuos llamados para que recogiera el diploma acreditativo.

Al día siguiente, en la puerta del colegio lo esperaba un Hermano de la Congregación. Lo llevaron a presencia del Prefecto. Le preguntaron las razones de su negativa a recoger el certificado. Luis, lastimado por la injusticia, explicó que los propios examinados habían discutido los resultados y que todos estuvieron de acuerdo en que el premio le correspondía, pero que se lo habían otorgado a Bravo por el favoritismo de ser hijo del profesor titular de la asignatura. Como colofón de la conversación, el Prefecto extendió el certificado. Luis lo tomó y, sin reparar en su contenido, lo arrojó al cesto de los papeles. De inmediato, fue expulsado.

Vino luego el consabido cabildeo familiar de rigor. Las gestiones del padre, de los familiares más próximos, las puertas tocadas y las explicaciones y excusas ofrecidas, y su reingreso al colegio. Pero ya lo hizo, después de un crudo análisis, con profundo decaimiento en su endeble fe católica y en calidad de aliado de los compañeros más ariscos y revoltosos, unidos en frecuentes y graves travesuras escolares. Había escogido Luis, definitivamente, el partido de los irreverentes, y al sumarse a filas, se salvaría, en su pronta entrada al Instituto de Segunda Enseñanza, de ser víctima de las acostumbradas “novatadas”.

Al fin del curso, fueron sometidos a exámenes ante distintos tribunales formados por los profesores del Instituto de Segunda Enseñanza, pues el colegio *Dolores*, como institución privada, se incorporaba al Instituto a fin de oficializar el pase de año. Luis logró pasar el año, que resultó ser el primero y el último en el colegio *Dolores*, por no poderse costear la matrícula, dada la caótica situación financiera de la familia, a consecuencia de la inesperada quiebra de los negocios del padre tras el *crac* bancario de 1929.

El joven Luis se vio obligado a sortear la tempestad financiera, repasando a los alumnos retrasados por tres pesos al mes. Tostó y vendió café como ayuda a la familia en bancarrota.

Su ingreso al Instituto de Segunda Enseñanza de Oriente coincidió en época, 1929-1930, con un recrudecimiento de la represión política en el país y de la lucha obrero-estudiantil contra la dictadura de Gerardo Machado Morales. Con la llegada del mes de septiembre de 1930, debía reiniciarse las actividades docentes, pero el curso se retrasó como

consecuencia de la agudización de la situación. La muerte del estudiante Rafael Trejo, en La Habana, desató las pasiones políticas, radicalizando notablemente al estudiantado cubano. En Santiago de Cuba, la sangre trejista provocó la ira estudiantil en el mayor y más renombrado centro escolar de la provincia de Oriente: el Instituto de Segunda Enseñanza. Luis participó de las protestas. Hubo muertos y heridos, sangre y detenciones abundantes.

Los estudiantes no se amilanaron. Buscaron protección en una casa vacía de la calle Corona para planificar las respuestas y crear el instrumento de aglutinación y lucha. Allí acordaron formar el Directorio Estudiantil del Instituto de Segunda Enseñanza. Democráticamente, eligieron a los directivos. Luis quedó en calidad de suplente. A los pocos días, tras una vacante, ingresó a la dirección del Directorio Estudiantil, con el número trece.

Esta corta hoja de servicios a la revolución antimachadista fue suficiente para que el Supervisor de la Policía de Santiago de Cuba, el sanguinario comandante Arsenio Ortiz, conminara a su abuelo materno para que en menos de cuarenta y ocho horas lo sacara de la ciudad. Durante meses, mientras Arsenio Ortiz permaneció en Santiago de Cuba, Luis estuvo refugiado en Banes, en el norte de la provincia de Oriente.

Cuando el Gobierno de los Cien Días fue derrocado en La Habana, a mediados de enero de 1934, Luis recibe su título de Bachiller en Letras y Ciencias por el Instituto de Segunda Enseñanza de Oriente. Con sólo diez pesos que le obsequió la abuela paterna, parte para La Habana, dispuesto a doctorarse en Derecho Civil y en Filosofía y Letras, como muchos de sus primos y amigos. La precariedad económica familiar lo obligó a acogerse a la matrícula gratuita que la Universidad de La Habana ofrecía a los estudiantes pobres. Para costearse los gastos de sus estudios universitarios, en una ciudad en ebullición política, con la reacción “haciendo su agosto” revanchista contra las fuerzas políticas de izquierda y reformistas, Luis vendió limones en el Mercado Único. Su sobrevivencia fue, necesariamente, ajetreada y diversa. Luis asistía a clases, se ganaba la vida y participaba de las asambleas para la depuración del profesorado machadista, y de las manifestaciones estudiantiles.

La polarización de las fuerzas políticas y el incremento de la represión contra el movimiento estudiantil condujo a que los sectores más radicales se pronunciaran por convocar a una huelga universitaria. Para

conseguirla, en el anfiteatro del Hospital Calixto García, en asamblea general de estudiantes, se constituyó un Comité de Huelga. Luis se integra en calidad de suplente. Deviene miembro efectivo por una pronta contingencia del titular, en este caso José Ángel Bustamante O'Leary, detenido por los cuerpos represivos. De esta manera, Luis une sus esfuerzos a los propósitos revolucionarios de Carlos Rafael Rodríguez, Salvador Vilaseca, Willy Barrientos, Manuel Menéndez Massana y otros miembros del Comité de Huelga.

La huelga fracasó y el Comité de Huelga se transformó en Comité Estudiantil Universitario (CEU). Luis es uno de sus miembros ejecutivos. En el CEU permanecerá, activo y protagónico, hasta su disolución en 1937, con la reapertura de la Universidad y la nueva vertebración de la Federación de Estudiantes Universitarios, bajo la presidencia de José Ángel Bustamante.

Desde 1934 Luis se integra a Joven Cuba, la organización insurreccional fundada por Antonio Guiteras. Los métodos son violentos y el peligro de muerte es constante. Pero ya Luis anda acompañado, íntimamente. Un día antes de su aniversario en 1935, el 6 de agosto, a las once de la mañana, en la notaría del doctor Miguel Ángel Tamargo y Vidal, en la calle Empedrado, en presencia del famoso escultor Domingo Ravenet Esquero y del abogado Ismael Jordán Martín, en calidad de testigos, Luis contrae matrimonio civil con la joven Concepción Acosta Hechavarría, santiaguera de veinticinco años (6 de mayo de 1910). El 13 de agosto el Juez Municipal del Este, doctor Ignacio Morales Herrera, inscribió el matrimonio por acta 555, del folio 590, del tomo 48 del Libro de Matrimonios. Todo conforme con la Ley.

En realidad, el matrimonio fue efectuado en el mayor sigilo impuesto por la clandestinidad revolucionaria de los novios. La revolución, desde el primer encuentro, los había unido. El amor les sobrevino en el fragor de las intensas jornadas de lucha en Santiago de Cuba. La compañera de la vida sería también la compañera de lucha, porque a Conchita no le era ajeno el ajetreo conspirador de Luis, pues provenía de una familia de larga y prestigiosa estirpe revolucionaria. Juntos asumieron cada una de las responsabilidades políticas, la más importante de todas, el ajusticiamiento de Carmelo González el traidor de Antonio Guiteras en El Morrillo, en mayo de 1935.

Tras duros golpes, el accionar de Joven Cuba, y con él las actividades revolucionarias de Luis, fueron disminuyendo. La capacidad militar de la organización fue golpeada y la carencia de un líder mermó las

posibilidades revolucionarias. La reacción, compulsada por la favorable situación interna y los acontecimientos universales, comenzó a coquetear políticamente. Se decretó una amnistía política y se reabrió la Universidad de La Habana. Comenzó a manejarse, con visos de permanencia, cierta tolerancia política. La frustración revolucionaria se consolidó, rápidamente.

Este proceso terminó destruyendo lo que quedaba de Joven Cuba. Ofrecido un pacto político electoral por Ramón Grau San Martín, la mayoría del Comité Central de la organización estuvo de acuerdo, renunciando a la vía insurreccional para hacer la revolución. Sólo una minoría, entre la que se encontraba Luis, se opuso al arreglo, rechazando los puestos políticos ofrecidos por el expresidente. Esto determinó la ruptura de Joven Cuba y el alejamiento de Luis de la actividad revolucionaria, consumido por una enorme frustración política.

Con la reapertura de la Universidad en 1937, Luis y Conchita se reincorporaron a sus estudios. Fue en este año en el que Luis pudo haber pasado a la historia nacional como el homicida de un expentarca del 33, protagonizando, quizás, el último de los duelos escenificados en Cuba. Ocurrió que en las asambleas de depuración de profesores machadistas habidas en la Universidad de La Habana, tras la revolución de septiembre de 1933, no todos los catedráticos de notorios antecedentes machadistas fueran purgados. El doctor Antonio Sánchez de Bustamante, prestigioso internacionalista cubano, de renombre continental y europeo, se salvó de la depuración estudiantil, pese a sus estrechos vínculos y su abierta colaboración política con la tiranía de Gerardo Machado. Entre otras muchas cosas, había sido el Presidente de la Asamblea Constituyente fabricada por Machado para prorrogar, en 1928, su mandato. Los estudiantes no borraron ni le perdonaron aquel pasado.

El doctor Sánchez de Bustamante era un anciano. A esta condición biológica obedeció que el acto de protesta de los estudiantes por su aún permanencia en el claustro de la Universidad de La Habana fuera silenciosa. Todos los estudiantes del cuarto año de la carrera de Derecho, una de aquellas tardes, le esperaron a todo lo largo de la escalinata de la Facultad de Derecho, custodiando su marcha hasta el aula donde iba a impartir conferencia. El doctor Sánchez de Bustamante, confundido, saludó amablemente a los estudiantes por el supuesto homenaje que le rendían. Cuando el profesor estaba ya en su silla, todos los estudiantes se marcharon, dejándolo solo.

Por supuesto, se produjo la denuncia ante el Decano y el análisis con los organizadores de la protesta. En las investigaciones participaron varios profesores. Los estudiantes explicaron sus motivos. Hubo una reunión en el Decanato. El doctor Guillermo Portela, Catedrático Titular de Derecho Penal, exmiembro de la Pentarquía de 1933, salió en defensa de su colega Sánchez de Bustamante. Tuvo palabras elogiosas y laudatorias para el anciano profesor. Esta actitud de Portela provocó la ira de los estudiantes. Desde el fondo del Decanato, se escuchó la voz firme y atrevida de Luis anatematizando al doctor Portela:

— *Usted es un descarado.*

Y tras ello, la algarabía y el descontrol. El catedrático quiso replicar, pero sus palabras fueron ahogadas por el bullicio. La reunión terminó con los ánimos muy caldeados. Poco después, el doctor Portela envió a dos padrinos a su alumno, retándolo a duelo a muerte, por entender que su honor había sido ultrajado. Luis debía nombrar a los suyos para llegar a un entendimiento sobre la forma en que habrían de batirse. Luis estuvo de acuerdo con sostener un duelo a muerte, y designó a Justo Carrillo y a Manuel Menéndez Massana como sus representantes. Propuso que en lugar del combate a sable, a la vieja usanza, se batieran a disparo de pistolas, sin formalidades. Por supuesto, intervinieron los amigos, profesores y alumnos, los consejeros y los padrinos, y el asunto no terminó con sangre, se diluyó. No hubo excusas, ni desagrazos.

Luis se presentó a examen oral de Derecho Penal ante el doctor Portela. No hubo mayores contratiempos, sólo que su nota fue reducida sin motivo suficiente. Un año después, en 1938, vencidas todas las asignaturas, se tituló en Derecho Civil. Luis se transformó en el doctor Buch, un joven y talentoso abogado.

Poco después, inició el camino de empresario del manganeso en las serranías orientales, determinando con su aventura el que Conchita abandonara sus estudios de Estomatología en el tercer año. De la empresa regresó, tras duros años de esfuerzo físico y comercial, con una mediana fortuna, suficiente para convertirse en vecino de Elisa Godínez, la primera esposa del dictador Fulgencio Batista. De aquella experiencia minera, sin embargo, vino dotado con un capital mucho más importante que el dinero: con la experiencia y las relaciones básicas para convertirse rápidamente en un exitoso abogado, quien en poco tiempo, defendiendo los intereses de grandes comerciantes del interior de la República y representando a acaudalados clientes, reunió una considerable fortuna.

El doctor Buch se alejó cuanto pudo de las actividades políticas de sus excompañeros de los años treinta, aunque ocasionalmente colaboró sin comprometerse. Al no creer en la viabilidad de ninguna de las opciones políticas de turno para la solución de los graves y hondos problemas cubanos, se mantuvo al margen, incluso de opciones que arrastraron a la inmensa mayoría del pueblo cubano, como la representada por Eduardo Chibás y los ortodoxos a finales de los años cuarenta e inicios de los cincuenta. El doctor Buch sostenía en todo momento que Cuba tenía una sola alternativa para hacer triunfar la revolución: la vía armada, propugnada por su maestro Antonio Guiteras Holmes. Lo contrario era impracticable y no conduciría a objetivos finales de carácter revolucionario, definitivos. Con Eduardo Chibás discutió ásperamente, por no creer en la viabilidad de su proyecto político.

El golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, que lo sorprendió con treinta y nueve años y aburguesado, no alteró su retiro revolucionario, su apatía política. En 1955, no comprometido con los planes insurreccionales de las organizaciones que surgieron tras el cuartelazo marcista, ni siquiera con su amigo conspirador Justo Carrillo, el doctor Buch invertía y disfrutaba su dinero. Adquirió el terreno, diseñó y comenzó la construcción de su mansión en avenida Primera y calle 16, todo por más de cien mil pesos cubanos de la época, y se fue de gira turística por el mundo del Norte, un lujo muy típico de la élite adinerada de Cuba. Acompañado por Conchita, recorrió Nueva York, Londres, París, Ginebra, Roma, Venecia, Madrid y otras muchas ciudades europeas. Se hospedó, despreocupado y derrochador, en los mejores hoteles, los más lujosos y caros. El doctor Buch andaba aún de rehén de la frustración revolucionaria de la generación universitaria de los años treinta.

Para la fecha en que inicia el largo periplo de vacaciones, en Cuba ya se ha registrado acontecimientos trascendentales de la lucha contra Batista. El doctor Fidel Castro, joven abogado y exdirigente universitario, de antecedentes ortodoxos, es el mentor y rector de cientos de humildes, temerarios e ilusionados jóvenes que en el año del centenario del Apóstol sacuden el entarimado de la dictadura, asaltando con escopetas la segunda fortaleza militar de la nación: el cuartel Moncada. Los que salvaron la vida en el combate o en las jornadas posteriores de asesinatos masivos, fueron confinados a prisión y amnistiados, mientras que el doctor Buch y su esposa se aprestaban a pasear por el mundo occidental. Pero las hondas resonancias de la epopeya protagoniza-

da por la Generación del Centenario no lograron barrer la decepción política que lo gobernaba aún, pese a que el método y las circunstancias eran similares a los intentados por Guiteras.

Para entonces, el doctor Buch cooperaba fría y distanciamiento con algunos elementos políticos, exrevolucionarios de los años treinta, con los que conservaba una amistad y un agradecimiento de décadas, principalmente con Manuel Menéndez Massana y Justo Carrillo, implicados en conspiraciones con militares de prestigio. Por colaborar con Justo Carrillo, terminó haciéndolo con el doctor Fidel Castro y sus propósitos de invadir a Cuba en 1956, cumpliendo su promesa de *Libertad o Muerte*. Sin proponérselo, interviniendo en la financiación de los preparativos de la expedición del yate *Granma* y acogiendo y colaborando con Haydée Santamaría —*Yeyé*— y otros dirigentes del movimiento clandestino, inició el camino que lo condujo, en 1957, a la total ruptura con Justo Carrillo y su gente, y a su vinculación orgánica en el Movimiento 26 de Julio.

Su gran mérito histórico es haber decidido, con cuarenta y cuatro años de edad y una vida social y económica personal opulenta, romper con el letargo político, arriesgando la vida y la fortuna por la revolución, cuando la inmensa mayoría de los de su generación se había convertido a la reacción, a la politiquería o a la abstinencia política total. El doctor Buch lo puso todo en juego, y cuando la victoria coronó el impulso y el esfuerzo rebelde, no dudó en hacer trinchera decidida con la revolución en su esfuerzo transformador, que implicó, por supuesto, la afectación patrimonial a los de su clase. Los bienes de muchos de sus amigos, clientes, conocidos y vecinos fueron afectados por las leyes revolucionarias adoptadas por el Gobierno Revolucionario y firmadas por él, en calidad de ministro de la Presidencia y secretario del Consejo de Ministros. Es más, sus propios bienes —un terreno y un edificio en La Habana Vieja—, fueron entregados al Gobierno Revolucionario, renunciando a cobrar la indemnización prevista por la Ley.

Cuando el doctor Buch se integró al Movimiento 26 de Julio, en 1957, pretendía, precisamente, acabar con la división de los cubanos en clases, por medio de una revolución genuinamente popular, agraria y antiimperialista, y tal concepción implicaba afectar los muchos intereses de la burguesía nacional, de la que formaba parte, indiscutiblemente. Al doctor Buch no le quedaba ninguna duda de que ello sólo era posible en Cuba ganando una insurrección armada. A la lucha se integró, entonces, con todas sus energías, y con la experiencia acumulada dos décadas atrás.

Pero como esa actividad revolucionaria es la pretensión de fondo de esta larga entrevista, conviene abstenerse de describirla en detalles. El lector debe encontrarla narrada por su protagonista. Sólo adelante que el doctor Buch, en pocos meses, se transformó en elemento destacado y protagónico de acontecimientos trascendentales de la Revolución Cubana.

Fue el encargado de romper, en nombre del doctor Fidel Castro y del Movimiento 26 de Julio, los vínculos con los políticos de la oposición antibatistiana reunidos en el Pacto de Miami; participó en la selección del candidato del Movimiento 26 de Julio para ocupar la Presidencia Provisional de la República; estuvo encargado de las relaciones públicas en la huelga general revolucionaria de abril de 1958, aquella que debía provocar la caída de la tiranía, y en la cual el doctor Buch debía servir de coordinador para que el Cuerpo Diplomático destacado en La Habana y los grandes intereses sociales y económicos de la nación solicitaran de Batista la renuncia a la Presidencia de la República.

Participó en lo que el Che Guevara dio en llamar la “reunión decisiva” de la guerra de liberación, en El Alto de Mompié, en mayo de 1958, y donde se le encomendó complejas misiones en el exterior. Tuvo en sus manos la operación de las comunicaciones secretas de la Revolución. Fue encargado de lograr materializar el más abundante cargamento de armas que llegó a la Sierra Maestra, y de atender en el exilio al Presidente Provisional, doctor Manuel Urrutia.

En calidad de Coordinador General del Movimiento 26 de Julio en el exilio y responsable de Relaciones Públicas, tuvo a su cargo, junto con Haydée Santamaría y José Llanusa, la consolidación de los Comités del Exilio y las relaciones diplomáticas. Cooperó en la creación de la mayor y más efectiva cobertura periodística y de publicidad que tuvo jamás ningún movimiento revolucionario en el continente. Intervino en las negociaciones con la Cruz Roja Internacional, con sede en Ginebra, para la entrega de cientos de prisioneros de guerra.

Estuvo encargado y desarrolló, en nombre del Movimiento 26 de Julio, contactos con el Gobierno de los Estados Unidos. Negoció y firmó en nombre del Comandante en Jefe, el Pacto de Caracas, sellando la unidad de los sectores opositores insurreccionales. Intervino en diversas acciones de abastecimiento militar y logístico a la Sierra Maestra, a la que llegó en diciembre de 1958, acompañando al Presidente de la que debía ser nuestra República en Armas del siglo xx.

Fue seleccionado por el doctor Manuel Urrutia Lleó, en plena Sierra Maestra, para desempeñarse como ministro de la Presidencia y secretario del Consejo de Ministros. Entró en Santiago de Cuba en la noche del primero de enero de 1959, siendo factor clave en la creación del primer Gobierno Revolucionario, juramentado en la Universidad de Oriente dos días después.

Todas estas experiencias, me fueron contadas en infinidad de ocasiones hasta el más mínimo detalle, con verdadera precisión y exactitud. A aquella primera conversación de junio de 1989, la siguieron otras en los días posteriores y en los meses y años siguientes. Así, durante diez años, sin prisa. Poco a poco, fueron transcritas y corregidas. El doctor Buch usó algunos contenidos en sus libros de memorias (*Más allá de los códigos*, Editorial de Ciencias Sociales, 1995, y *Gobierno Revolucionario Cubano: génesis y primeros pasos*, Editorial de Ciencias Sociales, 1999), pero la inmensa mayoría de aquellos interrogatorios quedó dormida durante mucho tiempo, hasta que nació la idea de reunirlos, organizarlos, sistematizarlos y publicarlos en forma de libro.

He aquí el resultado. Pido que se me excuse por haber demorado tanto en publicar un testimonio de tan alto valor histórico.

REINALDO SUÁREZ SUÁREZ,
a diez años de la primera entrevista.